

LA VIDA MONÁSTICA EN LA IGLESIA

JESÚS M. OLIVER

No se trata de hacer una historia del monaquismo cristiano, casi imposible en el estrecho espacio de una conferencia y que pediría una gran capacidad de síntesis, o bien de hacer una apología del mismo, hoy este género literario no está de moda. Más bien quisiera hacer una aproximación a la presencia continua de la vida monástica en la historia de la Iglesia, esta historia que el pasado septiembre el Papa Juan Pablo II recordaba que en sus dos mil años de existencia es rica de méritos en los campos de la caridad, la cultura y la santidad, lo cual también puede decirse del monacato cristiano. Habrá una referencia más detallada en el aspecto benedictino, que ocupa ya mil quinientos años de esta larga y apasionante historia y que sin duda alguna nos toca de una manera más próxima, porque cuando decimos San Juan de la Peña, Santa María de Ripoll, San Pedro de Arlanza o San Salvador de Leyre nos vienen inmediatamente a la memoria las palabras de Aragón, Cataluña, Castilla o Navarra tan íntimamente unidos en sus orígenes a la presencia benedictina de estos monasterios.

La persona del monje o la monja, entendamos ya desde ahora que al decir monje los consideramos por igual sin que haya otra diferencia de la propia de su sexo, nos ha llegado deformada por la imagen que el romanticismo hizo del mismo convirtiéndolo en una especie de fantasma melancólico que se paseaba por el claustro, mejor a la luz de la Luna, pensando en la muerte y en las postrimerías. Y esta imagen deformada y equivocada llega a nuestros días. Un artículo periodístico aparecido hace unos años en un diario catalán anunciando la apertura de una especie de casa del horror en el parque del Tibidabo de Barcelona, decía textualmente (y traduzco del catalán): «... es un gran espacio habitado sólo por monjes y seres terroríficos...» más adelante insiste explicando cómo a la luz de los cirios estos monjes se desplazan silenciosamente para sorprender, uno puede imaginarse de qué manera, a

los visitantes. En el otro extremo de la balanza encontramos la feliz exclamación de Teodoro Martín-Luna cuando en la dedicatoria en una traducción de las obras de Guillermo de san Thierry dice: «¡Oh monjes, os necesitamos!» Ya ven cómo entre ser considerados unos seres terroríficos o necesarios tiene que haber un término medio equilibrado. Sólo Dios es necesario, nos enseña la Teología y todo lo demás es contingente, pero es cierto que sería difícil explicar la historia de la Iglesia sin la continua presencia del monje.

Impresiona, al visitar la cartuja de la Valsainte en el cantón suizo de Friburgo, leer en un medallón barroco de su fachada interior: *Soli Deo*. Dos palabras que encierran un absoluto como también nos dirá santa Teresa de Jesús «sólo Dios basta», es el hombre, aquí el monje, delante del absoluto Otro, delante del misterio de Dios. Todas las grandes religiones tienen lo que de manera convencional diríamos un monaquismo, pero la aparente igualdad de formas externas no ha de impedir ver lo radicalmente distinto que hay en el monaquismo cristiano con respecto a los demás.

El monje es un bautizado, ésta es la principal categoría en la Iglesia, que por una llamada –vocación– del Espíritu intenta vivir en un marco aprobado por la Iglesia; una orden o instituto, una comunidad, una ermita, lo radical del compromiso que aceptó en el primer día. No es cuestión de cualidades morales. No es mejor ni peor, es simplemente un monje. La raíz griega de la palabra puede llevarnos a engaño. Ciertamente es un solitario pero que paradójicamente no está solo. Vive en comunión, más o menos íntima, con Dios que es tres personas distintas y siente con la Iglesia de su tiempo que camina por el mundo hacia la consumación final, y en proximidad física con los hermanos de comunidad con los que intenta santificarse y asumir su vocación. También se siente en comunión total con la humanidad y el mundo creado que la sostiene y que siempre está presente en la oración, ya sea pública o solemne en la que presta en cierta manera su voz a Cristo y su Iglesia, ya sea íntima y privada. Es necesario tener presente esta apertura y comunión para no quedarse encerrado consigo mismo esterilizado en una soledad egoísta. En este contexto podemos entender que una carmelita descalza de estricta clausura, santa Teresa del Niño Jesús, fuera declarada por Pío XI Patrona de las misiones. De esta manera podemos romper la dicotomía acción-contemplación. Marta y María se complementan en el único servicio al Señor sin que haya mutua exclusión.

Volviendo al recuerdo de las carmelitas, nadie podrá objetar a santa Teresa de Jesús su intensa y profunda vida mística que, sin embargo, no le impidió reformar el Carmelo, fundar monasterios, escribir y ser una mujer excepcional en su época. Y sin ir tan lejos en nuestros días tenemos, para quien la conozca, la beata Maravillas de Jesús también carmelita que siguiendo los pasos de la gran Teresa en la vida contemplativa no le impidió fundar once Carmelos en España y la India así como una actividad asistencial intensa.

Pero tampoco hay que caer en la imagen idílica del monje en su claustro. La gracia no suple la naturaleza y una ascesis continua debe acompañar su vida para poder progresar en este camino que si al principio es estrecho, luego, conforme se avanza, se va ensanchando por la práctica de las virtudes. No olvidemos que entre las muchas herejías, una ha sido particularmente propicia a los monjes y es la del pelagianismo en la que siempre hay un cierto peligro de caer por las buenas obras y las observancias, creyendo que por este propio esfuerzo se puede ganar algo del cielo, sino todo, olvidando que la salvación es en todo un don gratuito de Dios. No hay error peor que el creerse mejor que los demás, caer en un maniqueísmo que separaría los buenos de los malos, y que desgraciadamente nos puede afectar a todos a poco que nos descuidemos. Esta imagen maniquea ya se presenta en la versión que quiere hacer nacer la vida monástica del período de paz que siguió a las persecuciones de los tres primeros siglos. Según esta versión, unos más perfectos viendo la Iglesia ya instalada en el mundo, se retirarían a la soledad para vivir mejor la vida cristiana. Si bien es cierto que con la libertad se perdió parte del fervor no se puede considerar que no fueran buenos cristianos. Por otra parte, ya antes de la paz de Constantino ya existía la vida monástica en la Iglesia. Al final del siglo III eran ya relativamente numerosos los cristianos que se retiraban a las afueras de los pueblos para vivir vida solitaria en la oración, aplicándose en la lectura de las Sagradas Escrituras, trabajando manualmente y practicando una pobreza absoluta según una radical obediencia al Evangelio. A este monacato se le puede buscar un antecedente en la espiritualidad judía. Parece que los primeros monjes cristianos aparecieron en las zonas de Palestina donde ya existían los esenios y los terapeutas. A este respecto, es significativa la referencia que hace san Jerónimo en su carta 22 a Eustoquio, donde después de haber descrito la vida de los monjes cristianos dice: «De un modo análogo vivían los esenios, como narra Filón, imitadores del estilo platónico...».

San Antonio Abad es considerado el primero de los monjes aunque lo es en un sentido típico y no cronológico. Ya existía la vida solitaria como explica al inicio con una celda próxima al pueblo, él mismo busca un maestro, o anciano en el lenguaje habitual, en un pueblo vecino al suyo para que lo inicie en el ejercicio de la vida en la soledad. San Antonio, que los orientales llaman el Grande, introduce la novedad de retirarse a lo más profundo del desierto buscando un lugar alejado para poder establecer un diálogo de amor entre el Creador y su criatura. El obispo de Alejandría, san Atanasio, al escribir el relato de su vida lo hizo popular y aumentó en gran número el de seguidores en la soledad del desierto egipcio que se pobló de, valga la paradoja, una multitud de solitarios que ocupaban cuevas, tumbas o antiguas ruinas. Que el monje no se desentiende de sus hermanos lo vemos cuando san Antonio ya anciano (vivió unos 106 años) bajó a Alejandría, bien para confortar a los cristianos perseguidos bien para sostener al patriarca Atanasio en sus luchas teológicas. Quince años antes de morir, tenía san Antonio dos discípulos que lo cuidaban en su vejez y se encargaron de enterrarlo. La vida del ermitaño Pablo, que le hubiera sido contemporáneo, es considerada hoy día como legendaria.

No había todavía una organización estable. Abundaban los *Abbas*, Padres que tenían discípulos, transmitían una enseñanza oral y vivían en el desierto, lugar privilegiado para la soledad y la lucha contra el maligno, pero también consigo mismos para ir renovando la imagen rota del pecado.

Estas enseñanzas orales nos han llegado a través de diversas recopilaciones posteriores como pueden ser los *Apotegmas de los Padres del Desierto* o bien la *Historia Lausiaca* o las *Colaciones* del abad Casiano. En ellas se nos transmite esa sabiduría del corazón que no se aprende en los libros sino que es fruto de toda una vida dedicada a considerar la Palabra de Dios y sacar ejemplos de la experiencia personal de la vida solitaria.

Sin embargo, junto a tanta virtud y santidad, también vemos exageraciones ascéticas y errores fruto de la ignorancia. Conforme iba aumentando el número de monjes solitarios, se imponía una organización que ordenara y encauzara por buen camino toda esa energía espiritual.

San Pacomio es considerado el creador de la vida cenobítica, es decir, que viven en una comunidad los que antes eran eremitas dentro

de un monasterio y sujetos a una regla de observancia común. San Pacomio, que venía de la vida militar, organizó su monasterio un poco según el modelo de un cuartel en cuanto al aspecto exterior. Seguían una vida de oración con largas vigiliias durante las cuales al mismo tiempo hacían labores manuales, como tejer alfombras o hacer cestos, tenían un uso mínimo de los bienes materiales y daban a los pobres todo aquello que les sobraba, seguían largos ayunos y se privaban de manjares entonces considerados de calidad como el aceite, el vino y los manjares cocidos. Practicaban la oración continua durante el día, ya hemos visto que el trabajo no era un impedimento, y por la noche seguían rezando salmos y jaculatorias así como memorizando la Sagrada Escritura.

Si el papel de san Pacomio, por lo que respecta a la legislación monástica, puede ser parangonado con el de Moisés, el legislador, el de san Antonio representa frente al movimiento monástico el papel de Abraham, el padre en la Fe. Pero frente al individualismo del solitario, la vida en comunidad lleva consigo una mayor responsabilidad. Se tiene que ejercer la caridad fraterna de continuo y no sólo como antes con ciertas visitas esporádicas de los que se presentaban en la ermita buscando consejo o ayuda.

Después de la paz constantiniana conforme la Iglesia se va extendiendo por las tierras del imperio y más allá de sus fronteras, el monaquismo va siguiendo sus pasos como parte integrante de la estructura eclesial, como algo natural fruto de la acción del Espíritu en los nuevos creyentes. Así vemos cómo se van formando muy diversos tipos de monaquismo adaptándose a la realidad humana y cultural de esos pueblos. San Martín de Tours reúne alrededor de su sede episcopal un numeroso número de monjes. El monacato irlandés acentuará su carácter misionero y sus prácticas ascéticas que no tuvieron muchos imitadores.

Llegamos a encontrar dos pilares fundamentales del monaquismo: san Basilio para el Oriente y san Benito de Nursia para Occidente. Las noticias sobre el monacato egipcio que iban llegando a Europa influyeron notablemente en este florecimiento monástico. Todavía hoy en las iglesias orientales se mantienen los caracteres que sin variación a lo largo de los siglos han marcado la diversidad de prácticas en la vida monástica según la Regla de san Basilio, pero sin la unidad casi total que obtuvo en Occidente la regla benedictina. Una buena muestra la hallamos

en el monte Athos donde, en la actualidad, conviven diversos tipos de monacato antiguo. Siempre los fieles orientales han tenido una gran veneración hacia sus monjes y una prueba de ello está en que los han escogido para las sedes episcopales.

Y debemos detenernos en la persona de san Benito por todo lo que representa para nuestra Iglesia occidental y la radiación que a lo largo de mil quinientos años ha tenido y tiene en toda la Iglesia de rito latino. San Benito fue el hombre providencial que sin proponérselo ha sido Padre y Patrono de Europa y de los monjes de Occidente. De joven realiza una primera experiencia de tipo eremítico en Subiaco en una cueva; allí va madurando hasta realizar un segundo paso con la fundación de doce monasterios en los alrededores, de los cuales hoy todavía subsiste uno dedicado a santa Escolástica, su hermana, que el próximo año celebrará los mil quinientos años de su fundación. Posteriormente marcha para fundar el que será su gran monasterio en Montecassino el año 529. Aquí empieza una gran historia de santidad y cultura que dará a la Iglesia páginas gloriosas de su historia. San Benito, como vemos, no fundó una orden religiosa tal como hoy lo entendemos, sino diversos monasterios independientes y escribió para su monasterio, como hacían otros abades, una regla para uso de sus monjes. Sin embargo, esta regla, -aquí no es el lugar para ver la relación y lo que debe a la denominada Regla del Maestro contemporánea-, es original y lo que dice el papa san Gregorio: «escribió una regla para monjes, notable por su discreción y clara en su lenguaje», empezó a tener éxito entre los monasterios de los alrededores, entre el siglo VI y el VIII se fue extendiendo su práctica aunque todavía no de manera uniforme. Hemos citado a san Gregorio, hay que decir que antes que papa fue monje en Roma, benedictino, y que gracias a él tenemos un relato de la vida del santo Patriarca que recogió en el libro II de los *Diálogos*, aunque con un estilo hagiográfico propio en el que lo natural y lo sobrenatural están mezclados. En su afán misionero san Gregorio envió monjes a evangelizar el Norte del continente y con ellos también se fue extendiendo el monacato benedictino. Citemos sólo tres figuras egregias: san Agustín, después arzobispo de Canterbury que evangelizó Inglaterra; san Anscario que hizo lo mismo en los países escandinavos, y san Bonifacio, después obispo en Fulda, que evangelizó Alemania y selló con su sangre la predicación del Evangelio. Hay muchos más y con ello vemos cómo la actividad contemplativa no está reñida con una actividad, si ambas se llevan convenientemente. Veremos a los monjes cubrir múltiples nece-

sidades en la Iglesia, atendiendo hospitales, acogiendo peregrinos, llevando escuelas, cuidando la cultura clásica y salvándola de una pérdida irremediable en los oscuros años que preceden a la Edad Media.

Dos hechos verdaderamente providenciales van a hacer que la regla benedictina se extienda definitivamente: uno el imperio carolingio y el otro la fundación de un monasterio en la Borgoña, Cluny. Carlomagno (742-814) consigue fundar un imperio que quiere ser la restauración del imperio de Occidente y que recibe en la Navidad del 800 su pleno reconocimiento con la coronación que recibe en Roma del papa León III. Un anticipo en el tiempo de lo que quiere ser la Unión Europea de nuestros días. Este imperio lleva consigo la unificación de pueblos y costumbres y entre ellas nos interesa el encargo que hace el emperador a san Benito de Aniano para que todos los monasterios del imperio abracen la regla benedictina. Luis el Piadoso, en 817, impone ya definitivamente el monacato benedictino en todas las tierras del imperio. Empieza ahora un apogeo monástico que desde el siglo IX llegará por diversos caminos y reformas hasta el siglo XIII. También aquí vemos un aspecto político que a la larga será perjudicial para el monaquismo y es su íntima unión con el régimen feudal, que entre otros aspectos llevará consigo un enriquecimiento notable y un poder civil en las grandes abadías.

El apoyo en el poder político que obtuvo san Benito de Aniano para llevar adelante su reforma, -era obligatoria y suponemos que no siempre debía de ser bien recibida en tierras con ya una larga tradición monástica-, hizo que al desaparecer el imperio la reforma estuviera a punto de caer también. Un hecho trascendental permitió que el espíritu de la reforma carolingia continuara y aun prosperara mucho más. En 910 el duque Guillermo III de Aquitania fundó en la Borgoña el monasterio de san Pedro de Cluny que se convertiría en la cabeza de un imperio monástico, verdadera orden religiosa tal como hoy lo entendemos. El monasterio estaba libre de la jurisdicción de obispos y señores feudales y sometido directamente a la autoridad del papa. Era, por lo tanto, totalmente independiente y podía escoger sus propios abades sin interferencia de poder alguno. Por otra parte, y aquí también hemos de ver la mano de la Providencia que actúa, tuvo entre 927 y el 1156 cinco abades excepcionales por su santidad y todo tipo de virtudes. Esto hizo que en casi doscientos treinta años hubiera una gran unidad de gobierno que permitió llevar la Casa a sus más

altos niveles en todos los aspectos materiales y espirituales. Vale la pena detenerse un momento y veamos cómo estos largos abadiatos se suceden formando una sólida unidad.

San Odón (927-942) 15 años, san Mayolo (948-994) 46 años, san Odilón (994-1049) 55 años, san Hugo (1049-1109) 60 años y por último el beato Pedro el Venerable (1122-1156) 34 años. A partir de entonces empieza la caída que, sin embargo, no se realizará hasta el 1791, cuando la Revolución Francesa suprimirá la abadía y sus filiales. En pocos años, más de mil monasterios estarán sujetos a la jurisdicción del abad de Cluny, único abad de toda la congregación. No cuesta imaginarse cómo la alianza entre la Sede Apostólica y Cluny consiguieron llevar adelante la reforma litúrgica y la de toda la vida de la Iglesia. A medida que iban ganando prestigio, los monasterios se iban enriqueciendo con toda clase de donaciones de reyes, nobles y pueblo. Su influencia en el desarrollo de la arquitectura románica con todo el valor de obras de arte añadidas a los edificios es debido a la expansión monástica de Cluny, que influyó en todo tipo de construcciones, ya fueran catedrales o colegiadas. Baste como botón de muestra señalar la tercera iglesia abacial que construyó el abad san Hugo y que era verdadera maravilla del románico y de la cual hoy tan sólo subsisten vestigios en el extremo del crucero. Pero esta riqueza llevó consigo la decadencia. Las rentas de la abadía fueron deseadas y se convirtieron en una de las mejores prebendas que el rey de Francia podía conceder a sus favoritos en régimen de comanda. La comanda, digámoslo ya, fue causa de la ruina material y espiritual de muchos monasterios, al poder disponer una persona, clérigo o laico, de las rentas sin pertenecer a la comunidad. En este tiempo de la gloria de Cluny es cuando el oficio litúrgico toma todo su gran esplendor propio de los monasterios benedictinos. Recordemos la triple división de la sociedad feudal, los guerreros, los artesanos-labriegos y los monjes y clérigos encargados de rezar por los otros, como si los monjes fueran una especie de profesionales de la oración, intercesores delante de Dios por todas las necesidades de la sociedad. Pronto habían de salir reacciones a este monaquismo tan, hoy diríamos, instalado en el mundo aunque diera grandes frutos de santidad y de cultura en una sociedad en la que sólo los monasterios y las escuelas catedralicias brillaban.

Como es propio de un organismo vivo, se produce una reacción para volver a los orígenes recuperando los valores primitivos y abando-

nando todo aquello que se ha ido acumulando y que dificulta la práctica de la Regla. Igual pasa con la Iglesia; en el siglo XI León IX empieza lo que después se denominará genéricamente reforma gregoriana por el impulso que Gregorio VII le dio. En el aspecto monástico se insiste en la vuelta a la pobreza y el rigor de la observancia primitiva. Reacción contra el lujo y los excesos en la liturgia. También hay un acercamiento hacia los valores de la vida eremítica. Surgen numerosas órdenes, la mayoría siguiendo la regla benedictina, aunque cada cual interpreta la Regla según su propio punto de vista o el interés para adaptarla a sus intenciones como hace san Pedro Damiano que olvida la moderación y equilibrio de san Benito para insistir más en el rigor ascético. Una característica de estas nuevas fundaciones es que, frente al negro del hábito cluniacense, llevan la ropa blanca o mejor del color de la lana sin teñir. En este tiempo aparecen Camaldoli, Vallombrosa, Fontevrault, Savigny, Grandmont, Chartreuse -Cartuja-, Císter. De estas algunas han desaparecido, otras fueron absorbidas por Císter y otras han llegado hasta nuestros días entre las cuales hay que considerar la Cartuja y el Císter.

San Bruno fundó en 1084 cerca de Grenoble, en Chartreuse de donde tomará el nombre la orden, un grupo de vida eremita pero con la particularidad de que sus habitantes vivían en régimen mixto de vida eremítica y cenobítica con gran soledad y austeridad. Los monjes viven en ermitas situadas alrededor de un claustro, pero tienen una iglesia común en la que rezan parte del oficio divino y un refectorio en el que algunas veces comen en común, así como una sala capitular para reunirse. Todo ello en una clausura estricta. El Císter que empieza en 1098 en la Borgoña, no lejos de Cluny, también insiste en una vuelta a la práctica primitiva de la regla benedictina y una recuperación del trabajo manual, la pobreza de vida tanto a nivel comunitario como personal y una liturgia más sencilla y racional. El primer fundador san Roberto de Molesmes inicia en Cîteaux, lugar salvaje y solitario, un monasterio que por circunstancias providenciales se convertirá en cabeza de una gran orden monástica que llenará el siglo XII y que dejará una profunda huella en la vida monástica de la Iglesia. Al regreso de san Roberto a su monasterio le sustituye su prior san Alberico que consigue la bula de protección del nuevo monasterio del papa Pascual II librándolo de las injerencias de los obispos y señores feudales vecinos. A su muerte en 1109 le sigue en el cargo abacial san Esteban Harding, que es la gran figura que establece el marco legal y prepara ya la expansión. Es preci-

so mencionar las cuatro primeras fundaciones que serán luego la cabeza de las grandes ramas en que se estructurará la orden: 1113 La Ferté, 1114 Pontigny, 1115 Claraval con san Bernardo como primer abad y 1115 Morimond. La llegada en 1113 de Bernardo de Fontaines y un numeroso grupo de familiares y amigos dio a la orden un nuevo impulso que la había de situar, al acabar el siglo, con centenares de abadías distribuidas por toda Europa. Es notable la organización, que al contrario de la piramidal de Cluny, se estructura en filiaciones de madre - casa fundadora- a hija -casa fundada- lo que crea una red de monasterios fuertemente vinculados entre ellos. Otro aspecto es la organización económica en granjas de explotación agrícola, ganadera o forestal en las que había los conversos o hermanos legos siempre relacionados con el monasterio al cual pertenecen las granjas. El resultado de este sistema fue un éxito que, aumentando la riqueza material de las abadías, propició sin embargo su decadencia, como era de esperar. Siglos más tarde esta riqueza hará de las abadías un objeto de apropiación por parte de los señores y reyes que o bien por medio de la comanda se apoderaran de sus bienes o como, por ejemplo, en Inglaterra, Enrique VIII eliminara los monasterios simplemente para apoderarse de su patrimonio. En otro aspecto la vida cisterciense es notable por su arquitectura de una belleza y armonía dentro de una sencillez de líneas debido al despojo de los elementos ornamentales que san Bernardo impone frente a la riqueza exuberante de los edificios cluniacenses.

El siglo XIII trae nuevos aires en la Iglesia y en la sociedad, el mundo feudal empieza a declinar en favor del mundo burgués de las ciudades y del aumento del poder de los reyes que van centralizando toda la autoridad en sus personas. El monacato, demasiado unido a las formas feudales, no sabe reaccionar y el protagonismo lo toman las nuevas órdenes que en aquellos años aparecen como fruto de la santidad y vitalidad de la Iglesia: franciscanos, dominicos, carmelitas.... Es decir, aquellas órdenes que reciben el nombre genérico de mendicantes. Éstas se instalan en las ciudades y tienen un papel activo por medio de la predicación y estudio en la vida de la sociedad medieval. Los monasterios que están contruidos en el campo o en las montañas bien alejados continúan su vida sin dejar de tener importancia, pero ya no captan la atención de los fieles que sienten más próximos a ellos a los mendicantes.

La vida transcurre, pero los cada vez más numerosos problemas que surgen entre los nuevos estados, afectan de manera negativa a los

monasterios que a menudo se ven atacados, asolados y destruidos en las guerras que durante largos siglos afectaron una gran parte de Europa. Vienen a complicar las cosas de una manera terrible las ideas que de Jan Hus a Martín Lutero atacan en su base los elementos esenciales de la vida religiosa. Numerosos países en el centro y norte del continente verán desaparecer todos los monasterios. Sus riquezas robadas y dispersas, sus edificios destruidos o destinados a usos profanos y los monjes asesinados, secularizados o exclaustrados a la fuerza.

Sin embargo, la vida monástica continúa, como son testimonios por ejemplo: las congregaciones benedictinas de santa Justina en Padua, la observante de Valladolid o la claustral Tarraconense. Cuando la vida general de los religiosos parece que entra en una época extraña y cada vez más hostil, como es el tiempo de la ilustración, podemos significar como ejemplo al P. Benito Feijoo que se convierte en una especie de paradigma del hombre ilustrado de su tiempo, una enciclopedia que trata de todos los temas y con gran racionalismo lucha contra la superstición. De la poca importancia que se concedía al papel eclesial de la vida monástica de una idea de prohibición de fundar monasterios en las tierras de América descubiertas y colonizadas, sólo les iban bien los religiosos de la vida activa, en especial mendicantes y jesuitas.

Las ideas de la Ilustración van haciendo su camino y cada vez más ven la vida religiosa en general y la monástica en particular como una antigualla, reliquia del pasado que no tenía lugar en los tiempos modernos. La Revolución Francesa fue la oportunidad para abolir todos los monasterios. Con el agravante de que las dos casas más importantes y cabezas de una orden, Cluny y Cîteaux, desaparecieron y con ellas la organización monástica que representaban. A lo largo del siglo XIX esas nefastas ideas fueron extendiéndose por toda Europa y sus colonias. En España, la fecha de 1835 marca el final de todas las casas religiosas y entre ellas las abadías y prioratos de todas las órdenes, es bien sabido las consecuencias que las leyes desamortizadoras tuvieron para el patrimonio, desapareciendo para siempre víctimas del pillaje y la desidia tesoros de arte e historia.

Ante este desolador panorama se podría pensar que el monacato había pasado a ser un recuerdo glorioso en la historia de la Iglesia. Pero aunque el árbol había caído, las raíces seguían vivas y un ejemplo de ello es la aventura épica de Dom Agustín de Lestrange y sus monjes en peregrinación por Europa desde Francia hasta Rusia pasando por

Suiza. Con el movimiento romántico que recupera una visión de la Edad Media el monaquismo coge de nuevo interés, aunque eso sí con una imagen desfigurada de la original. En 1833, Dom Prosper Guéranger funda el monasterio de san Pedro de Solesmes y restaura en Francia la vida benedictina. Poco a poco los monasterios que habían sobrevivido al vendaval del siglo XIX se agrupan y fundan nuevas casas, restaurando en lo posible las antiguas. Los trapenses volvieron a Francia de la mano de Dom Agustín de Lestrange y pronto pudieron abrir numerosos monasterios. Los cistercienses que se habían mantenido en los Estados Pontificios fueron el núcleo para la renovación de la orden junto con algunos monasterios que habían resistido en el centro de Europa al josefinismo.

Al llegar a nuestros días, podemos ver con esperanza que la vida monástica continúa viva y activa en la Iglesia, si bien estos tiempos sometida a la grave crisis de valores que afecta a la sociedad y que repercute en el descenso de vocaciones y el consiguiente envejecimiento de muchas comunidades. Sin embargo frente a este aspecto negativo que afecta a las órdenes antiguas vemos nacer nuevas formas de vida monástica que se pueden incluir en esta ya larga corriente y que mantienen vivos los mismos valores que a lo largo de casi dos milenios han animado infinidad de cristianos que han buscado en el claustro la santidad, es decir, realizar su vida cristiana en plenitud. Entre estos últimos movimientos podemos citar, para acabar con una imagen de futuro, la comunidad ecuménica de Taizé, la Comunión de Jerusalem en Francia con ya numerosos monasterios urbanos, y las hermanas de Betlehem que siguen la espiritualidad cartujana pero sin pertenecer a dicha orden, los primeros aunque tienen su propia regla de vida se inspiran en abundancia en la Regla de san Benito.

ANEXO

La celebración litúrgica marca el ritmo de vida del monje

El eje que vertebra toda la jornada e incluso todo el año es la celebración de la Liturgia de las Horas, según el ritmo que marca el año litúrgico. Leer detenidamente la *Constitución Apostólica* de Pablo VI sobre la reforma del oficio divino ilumina mucho éste y otros aspectos de la oración monástica en el coro. Aunque se dirige a todas las personas que rezan el oficio, y es deseable para todos, antes que cualquier

otra legítima devoción, como los canónigos o los monjes que tienen particular obligación de hacerlo pública y solemnemente en sus templos. La noche, tiempo privilegiado desde siempre para la oración meditativa y sosegada, está marcada por el oficio de Maitines o Vigilias, salmos y lecturas se alternan durante un largo tiempo de oración. Al amanecer, los Laudes que literalmente son una alabanza, recuerdan el alba del primer día de la semana en que el Señor Jesús resucitó. Durante la mañana y el mediodía se hace particular recuerdo de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés y de la hora de la crucifixión del Señor. Al atardecer, cuando la jornada se acaba, el rezo de Vísperas hace memoria de la muerte y sepultura de Jesús. Ahora el Sol va desapareciendo hacia su ocaso de la misma manera en que a Laudes iba apareciendo resplandeciente desde el Oriente. El símbolo de Cristo representado por el Sol es muy evocador y la estructura de nuestras iglesias medievales nos lo recuerda, aunque el ritmo horario actual sea contraproducente por la gran diferencia que existe entre el horario solar y el oficial. Antes de recogerse a descansar, el rezo de Completas es la oración confiada del que duerme en la Casa del Señor. En muchos monasterios se acaba con una antífona mariana, la *Salve Regina* para que nuestra Madre vele el sueño de sus hijos. Entre todo ello se intercala en todas las comunidades la celebración solemne y festiva de la Eucaristía. Conforme van pasando los años el monje va adaptando el ritmo de su vida, casi sin darse cuenta, a este ciclo litúrgico anual y ello ayuda a encontrar un equilibrio en su vida cotidiana no exenta de una cierta monotonía, de la cual, sin embargo, nadie se libra fuera o dentro del claustro. Un tiempo precioso está dedicado a la *lectio divina* o lectura meditativa y orante de la Sagrada Escritura o libros espirituales de autores reconocidos por su ciencia y virtud.

Las actividades cotidianas del monje

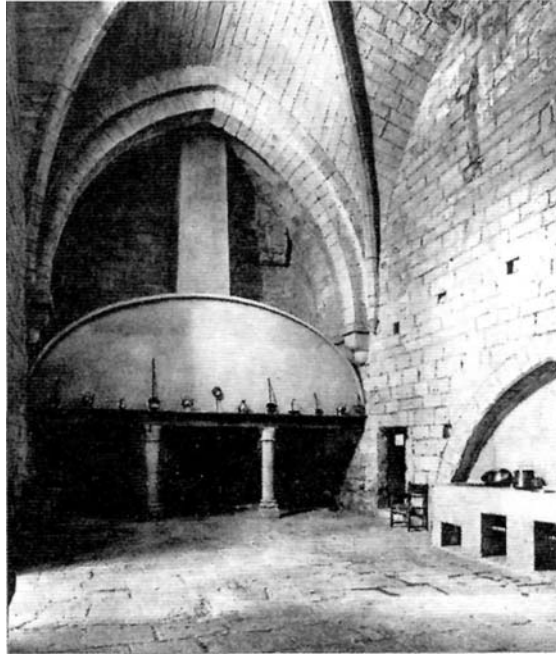
El monje, aparte de los trabajos domésticos, desarrolla una gran actividad en su monasterio de carácter intelectual o pastoral y sobre todo en la acogida de huéspedes. Es la hospedería la actividad más importante que recoge la Regla de cara al exterior. Siempre ha sido ejercida y prueba de ello son los muchos monasterios construidos en zonas de pasaje de viajeros y peregrinos. Hoy, que tantos establecimientos suplen la antigua ausencia de hospedaje, resulta que las hospederías monásticas son cada vez más solicitadas por personas deseosas de pasar unos días en un clima de silencio y paz, tan opuesto al ruido y

ritmo cada vez más desenfrenado de la vida actual. Vivir en estos edificios, muchas veces fuera del tiempo y espacio actuales pero habitados por hombres hijos de la época que les toca vivir con sus problemas y necesidades, es un gran apostolado y servicio, que es solicitado y agradecido en muchos casos. Cada hospedería tiene su pequeña historia llena de alegrías y dolores.

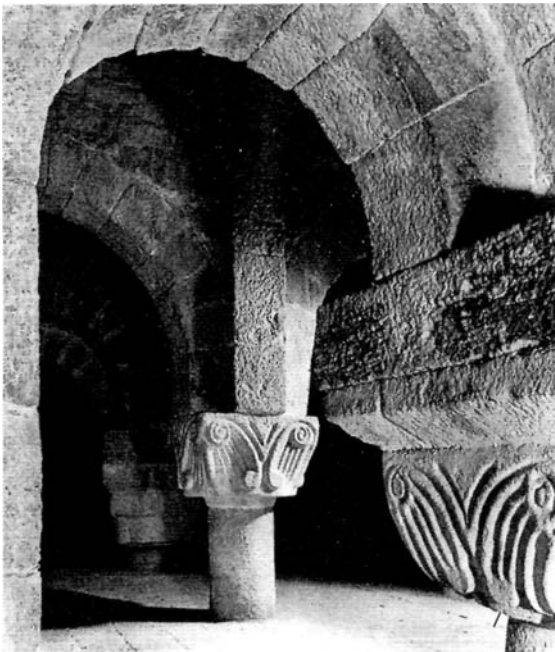
Acabaríamos preguntándonos, pues, qué es el monje. Un cristiano comprometido que con la ayuda del Señor, intenta ser consecuente consigo mismo y con su vocación, abierto a la gracia y al amor que recibe de continuo y quiere transmitir. Un signo más o menos sensible de unas realidades escatológicas que nos sobrepasan, que se manifiesta en medio de una sociedad materialista y secularizada. La estabilidad monástica es la garantía del lugar donde da este testimonio libre de los altibajos que lleva la vida. Un testigo en definitiva de la resurrección del Señor Jesús entre todos los hombres de buena voluntad, porque como dice san Pablo: *si Él no hubiera resucitado seríamos los más desgraciados de todos los hombres.*



Refectorio del monasterio de Sta. María de Huerta, s. XIII.



*Cocina del monasterio de
Sta. Maria de Poblet, s. XIII.*



*Cripta del monasterio de
San Salvador de Leyre, s. XI.*



Dormitorio del monasterio de San Juan de la Peña, s. XI.



Sala Capitular del monasterio de Nuestra Señora de La Oliva, s. XII.



Claustro del monasterio de Santo Domingo de Silos, ss. XI-XII.